



# Tres meses con la vida en un hilo

"Pero, ante la angustia de nosotros, el barco siguió su curso..."

Miguel Salguero

Juan Pío Angulo

## CAPITULO TERCERO

El semblante de los cinco hombres de La Florita cambió por completo en las primeras horas de ese 3 de abril. Sin tierra a la vista, en medio de los vientos que seguían empujando la empujaba a transcurrir lenta y cansada. El sol nos daba con todo su rigor en nuestras espaldas. Las quemaduras, a pesar de la piel endurecida, comenzaron a dolernos. Los compañeros, ante la sed que los atacaba, seguían tomando bucheros de agua de mar.

Mientras vigilábamos atentamente en busca de algún barco, yo acaté que andaba un anzuelo con un plumero y en el barco estaba otro de langostear. "Muchachos, hay que sacar un pescado". Al rato de probar, un pequeño dorado se me pegó. Fue una gran alegría; y ahí mismo lo comimos, crudo, porque en La Florita no había posibilidad de cocinarlo. Ni trastos ni fogón; tampoco llevábamos fósforos o combustible, aparte del diésel. Pero tanta era el hambre que nos supo bien el pescado. Luego se pegaron otros peces, que devorábamos apenas salían del agua. Ninguno de los compañeros rechazó el pescado ni hizo gestos de que le caía mal; y a mi me cayó muy bien, a pesar de que nunca lo había comido crudo.

Yo no tomé agua de mar porque lo intenté pero me sentí mal. Los muchachos sí bebían jarrados, en la desesperación de calmar la sed. Pero tanto el agua como el pescado nos aumentaban la sed en forma terrible, hasta el punto de sentirnos desesperados. Y entre tanto, la embarcación seguía resistiendo los embates, que la elevaban en forma constante, para dejarla caer en los abismos entre ola y ola. Ya La Florita, sin gobierno alguno, iba de costado a lo largo de las olas, no de frente como se hace cuando se navega en condiciones normales, y a cada rato estaba a punto de zozobrar, tal su inclinación. Entonces tratábamos de hacerle contrapeso, o banda, corriéndonos al costado opuesto.

A pesar de nuestra vigilancia constante, no vimos ni sombras de barcos, tampoco aviones. Pero aún teníamos la esperanza de que nos descubriera alguna embarcación, pues era de suponer que tanto la empresa de Raúl Torres, como el Gobierno, al enterarse de nuestra desaparición enviarían lanchas y aviones a buscarnos. Pero repito que durante todo el día no vimos absolutamente ningún aparato; tampoco tierra, troncos o señales de islas; nada.

Al oír que nosotros llorábamos o decíamos alguna oración, Alfredo se enfurecía. "Ustedes son unos desgraciados que no saben nada del mar. No le pidan a Dios, pídanle al Diablo", insistía. El se paraba en la proa, levantaba ambas manos e invocaba a Satanás. "Pongan cuidado, hijos de tal —gritaba—; pongan cuidado que esta lancha ahorita corre... Ya va a comenzar... Ven? Ya vamos corriendo, ahorita llegamos a tierra...". Pero claro, era como alucinaciones que sufría, pues si corríamos era mar adentro y empujados por el viento constante.

Mientras Alfredo invocaba no sé qué dioses o al propio Diablo, nosotros rezábamos con gran fervor, especialmente a la Virgen de Los Angeles, de la que jamás nos olvidamos en ningún momento. "Muchachos, debemos hacerle una promesa a la Virgen —les dije—; que si nos saca con bien de todo esto, le haremos la fiesta en el mar, en el Coco". Gregorio, el otro negro, también rezaba con nosotros. Así fue transcurriendo el día, entre sollozos, rezos, maldiciones de Alfredo, y ventolero cerrado. Y ni señales de barcos o aviones. "Pero no desesperemos, que en la de menos nos encuentran...".

Al llegar la segunda noche tuvimos de nuevo grandes preocupaciones, como la víspera. Yo pensaba que si la lanchita se nos iba a pique en el día por lo menos podíamos ver algo y eso era una esperanza. Pero de noche la situación se nos presentaba tan tremenda que sentíamos verdadero pánico. De nuevo, apenas comenzaron a aparecer las estrellas, traté de orientarme; y lo hice, solo que en esa guía que yo tomaba no hubo retroceso en nuestra marcha a la deriva; todo para adelante, hacia las inmensidades del océano Pacífico, cada vez más lejos de tierra.

En algunos momentos la desesperación hizo presa de los compañeros. Entonces yo, que me convertí en una especie de jefe, pues Alfredo dejó el mando apenas quedamos a la deriva, ya que nadie volvió a tomarlo en cuenta como capitán, les hablaba. "Muchachos, hay que tener fe. Nosotros debemos pasar por alguna línea de barcos y entonces nos recogen, al ver que estamos tan lejos de tierra firme en un barquito tan pequeño". Sí había desaparecido ya la esperanza de que nos encontraran las lanchas o las avionetas de Costa Rica, pues nos alejábamos en tal forma que era imposible que el radio de acción de esos aparatos nos alcanzara. "Aquí estamos ya quién sabe dónde...".

Moñados, al calor lo sustituía el frío. Constantemente nos bañaban las olas y esto, que en el día era un alivio a las quemaduras del sol, en la noche resultaba como una cobija de frío, que nos hacía tiritar. Ya esa segunda noche hubo un decaimiento; y aunque siempre hicimos las guardias en la regla que servía de mástil, casi no hablamos nada. Solo de vez en cuando se oían sollozos y alguna oración. Nada más. Hasta los negros estaban sumidos en profundo mutismo. Bajo el manto de estrellas, sin que cediera la sed, y sin la esperanza de lluvias pues las nubes seguían ausentes, la noche fue otro año, otro largo padecimiento. Parecía que oíamos gotear el tiempo, en su lenta marcha de incertidumbre, de martirio.

No recuerdo quién fue el que gritó, o posiblemente fuimos todos a la vez, la palabra ¡Barco!, que nos bañó a todos de inmensa alegría. Eran las cuatro de la mañana del tercer día y de inmediato nos pusimos de pie, agitando las manos y gritando con todas nuestras fuerzas. El barco iba en la ruta Puntarenas-El Salvador, según mis cálculos, y estaba a unas cinco millas de nuestra Florita. Fueron momentos de alegría, a los que siguió una gran angustia, pues el navío pasó de lejos, y ni siquiera vimos ningún tripulante. Todavía estaba oscuro el mar y no se dieron cuenta de nuestra presencia, menos de los gritos angustiados de todos.

Desilusionados, nos sentamos de nuevo. Y otra vez se oyeron oraciones y sollozos. Pronto claró; y no se había borrado la imagen del barco de nuestras pupilas, cuando otro gritó nos puso de pie: "Barco a la vista!" Levantamos las manos, agitamos unos trapos, y gritamos otra vez con gran fuerza. Sin embargo, por el viento, el ruido del mar, la distancia... no nos oyeron y el vapor, que nos pasó a menos de tres millas, siguió su curso sin dar ninguna señal de que nos habían localizado. Iba también hacia el norte y era un barco de gran calado.

A pesar de que seguíamos en la misma situación, al amanecer plenamente tuvimos otra alegría grande, pues sin duda alguna La Florita estaba en la línea de los grandes vapores comerciales. Yo les dije esto a mis compañeros, quienes compartieron la esperanza de que de no alejarnos mucho de aquel punto, otro barco nos localizaría. Ojos abiertos a todos los rumbos, nos mantuvimos por espacio de hora y media, hasta que un nuevo grito nos puso de pie otra vez.

"Muchachos, ahora sí estamos salvados —les dije a mis compañeros—; ese barco va a pasar muy cerca de nosotros; no es posible que no nos vean". Efectivamente, los marineros, ante nuestras señales y gritos, se acercaron a los barandales. Uno de ellos sacó sus anteojos largavistas para vernos. Pero ante la angustia de nosotros, el barco siguió su curso y pese a la desesperación de nuestras señales, se perdió en la ruta del sur. De esta vez, los cinco nos sentamos a llorar.

CONTINUARA...